

Índice

<i>Christina Dodd</i>	
Bajo la manta escocesa	9
<i>Stephanie Laurens</i>	
Una rosa en flor	79
<i>Julia Quinn</i>	
Gretna Greene	185
<i>Karen Ranney</i>	
La novia de Glenlyon	279

Bajo la manta escocesa

Christina Dodd

Capítulo 1

Escocia, 1805

Andra no te habló de la manta escocesa nupcial? —Lady Valéry bebió el whisky intensamente fuerte y agradeció el calor que recorrió sus ancianas venas—. ¡Cielos! ¿Los has ofendido? Los MacNachtan siempre hacen alarde de esa manta escocesa nupcial y la exhiben, da igual que uno tenga o no ganas de verla.

El fuego de la chimenea caldeó el estudio, las velas iluminaron los rincones más oscuros, el reloj de la repisa de la chimenea hizo tictac y Hadden permaneció sentado, con las largas piernas estiradas, imagen misma del poderío y la gracia masculinos.

Era la imagen misma de la virilidad agraviada.

Lady Valéry disimuló la sonrisa acercando los labios a la copa. Al muchacho..., bueno, en realidad tenía treinta y un años, pero la dama lo consideraba un muchacho; al joven no le sentaban bien los rechazos.

—Andra MacNachtan es una insensata. —Hadden contempló su copa con el ceño fruncido—. A esa mujer de ideas confusas y pelo negro como el azabache nada le importa, salvo ella misma.

Lady Valéry aguardó en silencio. El hombre bebió un generoso trago de whisky, el cuarto desde la comida y tres más de los que solía tomar ese bebedor habitualmente moderado.

—Sí, claro —musitó lady Valéry y siguió adelante con sus planes—. La manta escocesa nupcial se adecuía perfectamente a la clase de tradición que te interesa. Se trata de una raída tela de cuadros que supuesta-

mente da buena suerte a los recién casados si cubre sus hombros... —La mujer hizo una pausa para causar impresión—. Ay, un momento, tengo que pensar..., si besan el bolso.... No, creo que eso tiene que ver con la obediencia de la mujer casada. Si recordase la historia, te la contaría y podrías incorporarla a tu tratado. Lamentablemente soy una anciana dama y mi memoria ya no es la de antes...

Hadden levantó la cabeza y la observó con los ojos azules encendidos de furia.

Lady Valéry llegó a la conclusión de que había cargado demasiado las tintas. Cambió rápidamente de rumbo y añadió con tono serio y tajante:

—Nunca me interesaron esas bobadas chapadas a la antigua. Recuerdo perfectamente los «buenos y viejos tiempos»: fuegos humeantes, los trallazos al galopar y los barrios bajos plagados de borrachos. Pues no, prefiero las comodidades modernas. Los jóvenes pueden fisgonear aquí y allá y considerar que aquella época era romántica y digna de mención, pero yo no.

—Su excelencia, por mucho que le apetezca creerlo, no es sólo su juventud la que estoy registrando.

«Arisco y sarcástico», pensó la anciana, su estado habitual desde que había vuelto del castillo MacNachtan, hacía casi dos meses.

—Se trata de todo un estilo de vida —prosiguió Hadden—. Desde la batalla de Culloden, Escocia ha cambiado. Las costumbres que han existido desde los tiempos de William Wallace y Roberto I Bruce desaparecen sin dejar rastro. —Cuadró los hombros y se inclinó a causa de la concentración—. Me gustaría registrar esos frágiles fragmentos de la cultura antes de que se pierdan para siempre. Si no los consigno, nadie lo hará.

Lady Valéry lo contempló con gran satisfacción. Se había mostrado tan rotundo y entusiasta casi desde el momento de su llegada a su hacienda escocesa, cuando sólo era un niño de nueve años, flaco y atemorizado. Hadden se había encariñado con los espacios abiertos y las nieblas grises de las Tierras Altas. Se había hecho alto y vigoroso al recorrer los valles y las laderas y tanto en los clanes como en los antiguos

estilos de vida había descubierto una continuidad de la que su propia existencia carecía.

Lo cierto es que la hermana de Hadden había creado un hogar para él, pero nada podía sustituir a sus padres y un lugar al que considerar propio.

Cuando lo envió al castillo MacNachtan, lady Valéry albergó la esperanza de que allí encontrase su sitio.

Sin embargo, el muchacho había regresado taciturno, refunfuñón y ensimismado de una forma que no tenía nada que ver con su talante de naturaleza agradable.

En cuanto diagnosticó el mal que lo atormentaba, lady Valéry decidió arreglar las cosas y, como de costumbre, su plan discurría sobre ruedas.

—Ahora te entiendo. Con toda elegancia me estás diciendo que la manta escocesa nupcial de los MacNachtan no te interesa porque carece de importancia. —Dejó la copa sobre la mesa con un golpecillo—. No te lo reprocho. Se trata de una leyenda oscura y bastante absurda y los MacNachtan forman un clan agonizante. Por lo que tengo entendido, la muchacha, Andra, es la última de su estirpe. Sí, claro, tienes razón. —La anciana continuó como si Hadden hubiese respondido—. No pasará nada si no registras su historia antes de que el clan se extinga.

Hadden, que estaba a punto de beber un trago de whisky, detuvo el movimiento, apretó con los dedos la copa de cristal tallado y masculló:

—El castillo MacNachtan está a dos días de cabalgada por terreno escabroso.

—Así es —reconoció lady Valéry, cuyo mensajero había necesitado un par de jornadas para llegar, otro para dar con el ama de llaves de Andra y obtener respuesta a su carta y dos más para volver.

—Los caminos están enfangados, los arrendatarios son pobres y el castillo se cae a pedazos, entre otras cosas porque nunca estuvo en buenas condiciones. A pesar de los pesares, Andra MacNachtan es una desamparada endiablada y tan orgullosa de sus honrosos

antepasados escoceses que es incapaz de ver lo que tiene ante sus narices.

Sabedora de que había tendido el anzuelo a la perfección, lady Valéry sonrió a Hadden.

—Por consiguiente, mi querido muchacho, una mujer de ideas confusas como Andra MacNachtan no tiene la menor importancia, ¿verdad?

El gigante rubio, guapo e irresistible medía más de metro ochenta y se sintió tan crispado con lady Valéry que estuvo en un tris de olvidar sus disputas con Andra.

—Francamente, no debería tenerla.

—¿Cuándo partirás?

—Mañana a primera hora. —Hadden se puso de pie, echó el whisky que le quedaba al fuego y vio cómo avivaba las llamas—. Su excelencia, será mejor que la historia de la manta escocesa nupcial sea veraz porque, si hago ese camino tan largo solamente para quedar en ridículo, embarcaré rumbo a India, amasaré otra fortuna y no volverá a verme durante mucho tiempo.

—¿Serás capaz de romperle el corazón a una anciana dama?

—No si se trata de una anciana dama veraz. Su excelencia, si me disculpa, iré a preparar el equipaje.

Lady Valéry lo vio alejarse; era tan dinámico, imponente y viril que a la anciana le hubiera gustado tener cincuenta años menos.

«Desde luego que soy sincera» —dijo para sus adentros—. «Al menos en lo que se refiere a la manta escocesa nupcial.»

—Se partió en dos y no sé cómo repararlo sin más tubos. —El mayordomo de Andra empleó un tono de cierto regocijo al anunciar la catástrofe—. No podía ser de otra manera. Lo instaló el tatarabuelo de mi tatarabuelo y es un milagro que no haya reventado antes.

Andra tenía la mirada fija en el extremo de la tubería, todavía goteante, que transportaba agua del pozo a la cocina. El milagro consistía en que no se hubiese averiado antes y recordó que hacía casi dos meses que se habían terminado los milagros.

—Ha provocado una inundación terrible —acotó Douglas innecesariamente.

Andra apartó el pie de los diez centímetros de agua que cubrían el suelo de la mazmorra subterránea a la que eufemísticamente llamaba bodega.

—Me he dado cuenta.

Se había dado cuenta de más cosas. Al romperse, el agua que salió por la tubería salpicó los toneles de carne salada y empapó los depósitos de cebada y de centeno. Un barril casi vacío, que contenía el poco vino que les quedaba, cabeceó lentamente de un lado al otro.

El clan MacNachtan había llegado a la peor de las decadencias y Andra no sabía cómo sacarlo de ese pozo de pobreza y desesperación; mejor dicho, no sabía cómo sacarse a sí misma, ya que era la única que quedaba de la familia. Le habría gustado abandonar la lucha y ya lo habría hecho de no ser por Douglas, que tenía sesenta años y, en cuanto terminaba de quejarse, era muy hábil a la hora de resolver desperfectos; por Sima, el ama de llaves, la única madre que había tenido desde la muerte de la que la trajo al mundo cuando tenía once años; por la cocinera y por Kenzie, el mozo de cuadra un poco tonto; por los arrendatarios y por cuantos dependían de ella para permanecer a salvo de los locos y de los ingleses.

Cuando había adoptado precisamente esa actitud y se había negado a acceder a las despreciables exigencias de un inglés chiflado, las personas a su cargo se habían mostrado desilusionadas, preocupadas o irritadas. Como si ella, la última MacNachtan, debiera casarse con un habitante de las Tierras Bajas; ya estaba bastante mal que hubiese...

—Señorita, ¿cómo sacaremos el agua de aquí?

Andra respiró estremecida y no pudo responder. No tenía ni la más remota idea de cómo la extraerían.

—¿También pretende que repare la tubería? ¿Cómo?

La última del clan tampoco lo sabía. Lo único que sabía era que la vida, siempre solitaria y dura, últimamente se había vuelto tan difícil que ya no sabía cómo cada mañana levantaba la cabeza de la almohada.

Se quitó de la cabeza el sudado pañuelo y lo usó para secarse el cuello. Había ayudado a hervir la ropa blanca en la cocina cuando de repente se interrumpió el flujo de agua. Parecía la arrendataria más humilde y pobre de cuantos moraban en las antiguas tierras de los MacNachtan y le dolían todos los huesos del cuerpo. Le desagradaría sobremanera que alguien la viese así y, todavía más, que...

—Ese buen joven, el señor Fairchild, sabría lo que hay que hacer —declaró Douglas—. En mi opinión, entiende de fontanería.

Andra se volvió tan rápidamente hacia Douglas que provocó olas.

—¿Qué has querido decir?

El mayordomo se mostró sorprendido y exagerada y sospechosamente inocente.

—Vamos, no he dicho nada raro, simplemente que parece entender de todo lo que se cuece bajo el sol, tuberías incluidas.

Andra cerró los ojos para dejar de ver el regodeo del viejo arrugado. No tendría que haber saltado al oír el apellido de Hadden, pero Douglas no había hecho más que importunarla desde que...

—Pero no está aquí, ¿eh? Por lo tanto, tendremos que prescindir de él. —Andra se expresó con tono sereno y suave, algo que en las últimas semanas le había costado mucho.

Douglas movió afirmativamente la cabeza con actitud aprobadora.

—¡Vaya, vaya! Para variar no chilla como un marrano.

Andra notó que su irritación iba en aumento. Dio la espalda al mayordomo, en apariencia para estudiar la tubería, pero concentró su atención en el verdadero alcance del desastre. Había reventado un sector completo del tubo, un tramo de cobre antiguo y desgastado por el agua que durante siglo y medio había fluido por la tubería.

Había reventado, se había roto, estaba desgastada..., como el resto del castillo MacNachtan. Tanto Andra como cuantos estaban a su cargo vivían en una antigualla que se caía a pedazos y la situación empeoraba con el paso de los días. Todos apelaban a ella en busca de la salvación, pero ¿qué podía hacer una solterona de veintiséis años para reparar las piedras o hacer crecer los cultivos?

Oyó a sus espaldas el golpeteo de los pasos de Sima escaleras abajo

y el siseo de las zancadas de Douglas en el agua. Percibió el susurro de sus voces y tragó saliva con todas sus fuerzas para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Se dijo que últimamente ese nudo se formaba con demasiada frecuencia.

—¡Señorita! —la llamó Sima y su voz sonó más suave y amable que en los últimos tiempos—. Ha llegado la hora de la cena. El día ha sido duro. Suba a sus aposentos, ya he preparado el baño caliente.

—¿Un baño? —Andra se avergonzó porque le falló la voz. Se cogió el cuello con la mano y se serenó antes de volver a hablar—. Pero si ni siquiera es la hora de la cena.

—Lo será cuando haya terminado de bañarse. Hemos preparado un plato apetitoso. Mary hará bollos de patata y queso, que servirá calentitos, y hemos sacrificado una gallina pequeña. Hasta es posible que yo prepare su receta favorita.

Posteriormente, Andra se dio cuenta de que el ave tendría que haberle servido de pista. Por regla general, Sima sólo permitía que matasen una gallina si alguien se ponía enfermo o si la gallina lo estaba.

En ese momento, lo único que Andra ansiaba era el agua caliente y la ilusión del bienestar.

—¿Sopa de puerro y gallina? —Andra se volvió y miró a la mujer enjuta y de rostro severo que había sido su niñera.

—Eso es, ni más ni menos —confirmó Sima.

Andra se dejó conducir a su recámara del primer piso y bañar con la única y atesorada pastilla de jabón francés con perfume de rosas. Sima le pasó el único par de medias de seda blanca que tenía, así como las ligas con la flor de encaje junto al lazo, y se las puso. Las enaguas blancas y almidonadas hicieron frufrú cuando Sima las anudó alrededor de su cintura y levantó los brazos para que el ama de llaves le pasara por la cabeza su mejor vestido de cotonía rosa. Sima recogió en su coronilla, con el moño más elegante que sabía hacer, la melena negra y lisa y, como remate, cubrió los hombros de Andra con un chal de encaje belga.

Andra lo aceptó sin protestar e imaginó que la mimaban como a una niña.

A decir verdad, la estaban preparando como a un chivo expiatorio.

Se dio cuenta al entrar en el comedor iluminado por el fuego de la chimenea, con la mesa con el mantel de hilo y dispuesta para dos comensales, y lo vio.

Hadden Fairchild, erudito, inglés..., y su primer y único amante.

Capítulo 2

Aunque no siseó al ver los anchos hombros de Hadden apoyados en la repisa de la chimenea, Andra dejó escapar un ligero bufido de exasperación mezclado con cierta actitud defensiva. El inglés estaba allí, sin dar muestras del agotador viaje realizado e impecablemente vestido con chaqueta, pantalón, corbata y chaleco con el sello del refinamiento londinense. Corpulento, apuesto y brioso, Hadden parecía atraer la luz del fuego y acrecentarla con el brillo de su pelo rubio, la calidez de su piel dorada y la intensidad de la mirada de sus ojos, del tono de las flores del brezo.

¡Maldito sea! ¿Por qué la desafiaba con su postura, su energía y su capacidad hartamente evidente de sentirse a sus anchas en el castillo MacNachtan?

Sima apoyó la mano en la espalda de Andra y la empujó, por lo que la mujer entró dando tumbos y estuvo a punto de caer de rodillas.

—Por favor, no es necesario que se arrodille. Basta con una simple reverencia —dijo Hadden con tono de horrorosa superioridad y acento marcadamente inglés.

De forma automática y con la esperanza de fastidiarlo, Andra adoptó la entonación habitual de las Tierras Altas.

—Es usted insufrible.

—Bueno... —Habló incluso con más acento escocés que ella—. Lo mismo que un mozo con tanto sentido común como el mágico Puck.

Aunque parecía más decorativo que útil, Hadden era capaz de hacerlo todo mejor que ella: cambiar una rueda, traer un niño al mundo,

cavar un pozo, calmar los miedos de un crío, escribir una carta, amar a una mujer sin el menor reparo..., seguramente también sabía reparar tuberías. Y ella, Andra MacNachtan, de los MacNachtan de las Tierras Altas, no estaba obligada a aguantar que le restregaran por las narices la suficiencia inacabable y exasperante de ese inglés.

Con ademán grandilocuente, Andra se echó el chal alrededor del cuello y se dio la vuelta, decidida a regresar a su recámara o dirigirse a la bodega o a cualquier otro sitio en el que Hadden Fairchild no estuviera.

Se encontró cara a cara con Sima. El ama de llaves, que le había inculcado cuanto hay que saber sobre la hospitalidad y los buenos modales, agitó un dedo con tanta severidad que Andra se amilanó. Acató de mala gana ese mandato callado pero poderoso y se giró hacia el invitado, dispuesta a ver que Hadden sonreía a Sima y, sin pronunciar palabra, le daba las gracias por obligar a Andra a cumplir con las obligaciones de la cortesía. Lo cierto es que ni sonreía ni miraba a Sima. Estaba pendiente de ella, como el lobo que olfatea a su hembra.

El hecho de que el cuerpo de Andra lo reconociera y le diese la bienvenida a un nivel primitivo no significaba que ella fuese suya. Esa suavidad, ese temblor, ese deseo de echar a correr hacia sus brazos y refugiarse entre ellos no era más que una ligera debilidad por ver al hombre que le había permitido conocer la pasión. Daba igual que Hadden le diera órdenes sin abrir la boca, Andra MacNachtan era muy lista y no las acataría.

La mujer se sobrepuso a la desgana y habló con total falta de sinceridad.

— Señor Fairchild, no sabe cuánto le agradezco que vuelva a visitarnos. ¿Qué lo trae a mi rincón de las Tierras Altas y tan poco después de su última visita?

El inglés se irguió, apartó los hombros de la repisa de la chimenea y dio un paso hacia ella:

— Me ha mentado.

Esa contundente acusación la sorprendió. Por supuesto que le había

mentido, había sido una cuestión de mera supervivencia. ¿Cómo lo había descubierto?

—¿De qué habla?

—Hablo de la manta escocesa nupcial.

Andra cerró y volvió a abrir las manos entre los pliegues de la manta.

—Ah, de la manta escocesa nupcial. ¿Se refiere a la manta de los MacNachtan?

—¿Conoce alguna otra?

—No —reconoció de mala gana.

—¿De modo que sólo hay una?

—Así es —confirmó, todavía más a su pesar.

—¿Sería tan amable de decirme a qué se debe que no me hablase de la manta escocesa nupcial pese a que sabía perfectamente que vine a petición de lady Valéry para recoger las tradiciones escocesas y registrarlas? —Se acercó a ella sin hacer ruido, la cubrió con su sombra y el humo de la chimenea lo persiguió como si quisiese acariciarlo—. Me habló de la piedra en la colina, se supone que colocada por los gigantes, y del pozo de los deseos, del que los fantasmas salen la víspera del día de Todos los Santos, cosas tan corrientes en Escocia que no merece la pena apuntarlas. Pero no dijo nada, absolutamente nada, sobre la manta escocesa nupcial.

Desde luego que Andra no había dicho nada. Los cuatro días que habían compartido fueron un tiempo al margen de la realidad y las responsabilidades. Durante esos días mágicos y fugaces apenas se había ocupado de afrontar sus obligaciones como tendría que haber hecho una verdadera castellana. Sólo se había interesado por Hadden y por lo que el inglés le hizo sentir.

No había sido amor, Andra conocía muy bien el amor. Era lo que había sentido por su tío antes de que lo declarasen en rebeldía, por su padre y por su hermano antes de que huyeran a América y por su madre antes de que muriese de pena.

Se había tratado de una emoción distinta: despreocupada, llena de risas y de pasión inesperada. No le había importado lo más mínimo que

él acabara por marcharse; sólo le había preocupado aferrar el momento perfecto antes de que fuese demasiado tarde y muriera cual una vieja doncella agotada por sus obligaciones.

—¿Y la manta escocesa nupcial?

Andra levantó la barbilla y lo miró. Hadden se encontraba demasiado cerca. Vio cada mechón de su cabello recortado, peinado y húmedo; percibió el aroma a brezo, a cuero y a jabón; notó el peligro del deseo de poseerla que bullía en el interior de él. Y aunque se le pusieron los pelos de punta, no se movió un centímetro ni se atrevió a desviar la mirada. No recordaba que fuese tan alto y jamás imaginó que le tendría miedo.

Pero se lo tuvo.

—No me acordé.

Era mentira y Hadden la reconoció como tal.

—No se acordó —repitió—. No se acordó del orgullo de los MacNachtan.

—No me acordé. —Siguió mintiendo, pero concluyó que era mejor decir una mentira que aceptar su caprichosa decisión de no pensar en el matrimonio, no mencionarlo ni, sobre todo, soñar con casarse y lo que supondría compartir su vida con un hombre que estaría eternamente a su lado o, como mínimo, hasta que otra llamase su atención—. ¿Para qué iba a acordarme de ese trapo viejo? Está metido en algún baúl y nunca pienso en esa manta.

—Según lady Valéry, los MacNachtan la exhiben ante todos sus invitados.

—Pues yo, no.

Habría sido mejor que Andra le mantuviera la mirada, pero la llama azul de los ojos de Hadden la quemó y le fallaron los nervios, de modo que desvió la vista hacia un lado.

—Cobarde —musitó el inglés en un tono apenas audible.

De todas maneras, Andra lo oyó. Oía todo lo que Hadden decía, pero no sabía qué pensaba. Al fin y al cabo, no estaban tan armonizados, no se lo permitía.

El silencio fue en aumento cuando lo vio acercarse lentamente la

mano a su cuerpo. La dirigió hacia su rostro, para acariciarle la mejilla tal como le había encantado hacer. Esos dedos extendidos temblaron como si Hadden luchase contra la necesidad de tocarla. Luchó tanto como ella combatió la necesidad de ser acariciada.

El sonido de pisadas al otro lado de la puerta los llevaron a tomar distancia y Sima entró en el comedor, seguida de dos criadas que sonreían de oreja a oreja. Una llevaba la sopera humeante y la otra, el cestillo con los prometidos bollos de patata. Dejaron los alimentos en el centro de la pequeña mesa redonda mientras Sima abarcaba la escena con la mirada. Andra creyó percibir un ligero bufido de exasperación antes de que el ama de llaves tomase la palabra:

—Espero que se sienten y coman mi deliciosa sopa de gallina y puerro hasta que no quede una sola gota. Faltan muchas horas para que llegue la mañana y escalar hasta lo alto de la torre supone un gran esfuerzo.

Sorprendida, Andra inquirió:

—¿La torre? ¿Para qué hay que ir a la torre?

—Bueno, allí está la manta escocesa nupcial.

—¿Has vuelto a escuchar detrás de la puerta? —quiso saber Andra.

—Claro que no —replicó Sima con altivo desdén—. El señor Hadden ha hablado conmigo y me ha contado los motivos de su visita. Quedé pasmada, totalmente pasmada al saber que no le había mostrado la manta escocesa nupcial.

Pasmada..., hacía años que nada pasmaba a Sima, pero, durante la primera visita, el ama de llaves había dejado clara su lealtad a Hadden. Tal vez la consiguió porque el inglés se propuso fascinar deliberadamente tanto a Sima como al resto de las mujeres que moraban en el castillo.

«Me gustan las mujeres, sobre todo las mujeres fuertes y capaces, —había dicho—. Mi hermana es así. Lady Valéry también. Y usted, lady Andra..., usted es igual.»

«Yo soy recia», había reconocido la castellana con todo el entusiasmo que era capaz de transmitir.

«¿Ha dicho recia? En absoluto.» Hadden la había repasado de la cabeza a los pies con actitud de experto. «En mi opinión, es frágil.»

Sima había intervenido con toda la arrogancia que era capaz de manifestar: «Trabaja demasiado y necesita un hombre».

«¡Sima!» Andra apenas pudo disimular su horrorizada sorpresa.

Hadden se había limitado a sonreír. «Necesita un hombre que se ocupe de ella y realice el trabajo pesado. Estoy totalmente de acuerdo.»

A partir de esas palabras, a Sima le había importado un bledo que ese hombre fuese extranjero. Tanto el ama de llaves como el resto de las insensatas criadas habían expresado claramente su adoración.

Por lo tanto, cuando Andra lo mandó a paseo, Sima también manifestó sin ambages la opinión de que el sentido común de su ama brillaba por su ausencia y de que tenía el corazón como una piedra; también se atrevió a dar a entender que empleaba su indiferencia para encubrir cierta debilidad.

Obviamente, era una bobada. Ella era fuerte, se bastaba a sí misma y no necesitaba a nadie, absolutamente a nadie.

—A propósito, también le dije que no tiene críos. Se mostró bastante preocupado por esa cuestión. —Sima sonrió ufana al ver que Andra se ponía de todos los colores—. De todas maneras, a esta anciana le resulta imposible entender que el señor se sorprenda de que no está casada.

De modo que le resultaba incomprendible... Sima entendía la naturaleza y las necesidades humanas de una forma muy fantasiosa y Andra sospechó que con uno de sus dedos ganchudos la vieja preparaba brebajes de hechicera. Andra no supo qué se proponía el ama de llaves. Pensó en la destartalada escalera de caracol que rodeaba la torre, en la puerta trampa, en la habitación grande, polvorienta y con los cristales de las ventanas tan sucios que apenas entraba luz y preguntó con gran recelo:

—¿Por qué hay que subir a la torre?

—Me preocupa que la humedad estropee las cosas viejas —respondió Sima y apartó de la mesa la silla acolchada, con respaldo alto y re-

posabrazos. Andra dio un paso hacia el asiento, pero Sima acotó—: Señor Hadden, póngase aquí.

Andra se quedó petrificada y, rígida de resentimiento, contempló la escena. Hasta entonces, el inglés siempre había insistido en que ella ocupase la silla principal. La había apartado de la mesa y la había ayudado a tomar asiento con gentileza y cortesía, pero en ese momento aceptó el homenaje de Sima con toda la arrogancia de una divinidad noble y extinguida y se aposentó con una seca palabra de agradecimiento a la vieja manipuladora.

Sima sonrió radiante cuando cogió la otra silla, menos formal y sin reposabrazos.

—Querida, siéntese aquí y apoye sus cansados pies. Señor Hadden, desde su partida esta mujer ha trabajado demasiado. Si no tuviera en cuenta otras cuestiones, diría que lo ha echado de menos. —El ama de llaves prosiguió sin inmutarse—: Señora, debo reconocer que en la torre no hay humedad, que desde allí arriba se ve en varios kilómetros a la redonda y que con las ventanas abiertas se produce una buena corriente de aire.

Sin saber a qué carta quedarse entre la exasperación y la gratitud, Andra tomó asiento y preguntó:

—¿Crees que la manta escocesa nupcial se dedica a contemplar la panorámica?

Sima le palmeó el brazo y aprovechó para quitar el chal que cubría los hombros de Andra.

—Ay, vaya ocurrencia, ¿no le parece, señor Hadden?

—Siempre he admirado..., siempre he admirado su ingenio —contestó el inglés y paseó la mirada por el pecho de Andra, que el escote dejaba prácticamente al descubierto.

Andra se inclinó a punto de soltar una réplica contundente.

De repente los dedos de Sima apretaron el brazo de su ama. La obligó a apoyar la espalda en el respaldo y tomó la palabra:

—Últimamente las criadas y yo hemos hecho una limpieza a fondo. La primavera es buena época para limpiar. Hemos aireado la ropa blanca, quitado el polvo a los recuerdos y reacomodado el contenido de los

baúles, en uno de los cuales hemos guardado la manta nupcial. —Hizo señas a una de las criadas, que llenó los cuencos de sopa y dejó uno delante de Hadden y el otro ante Andra—. Será mejor que llenen el estómago antes de iniciar la aventura.

Andra se llevó la mano a la frente. Ya no recordaba cuánto tiempo hacía que Sima se mostraba tan locuaz. Seguramente se trataba de la influencia de Hadden, otra desgracia que podía achacarle.

—Está más delgada. —Aunque era indudable que se refería a Andra, Hadden se dirigió a Sima, pero traspasó con la mirada a la castellana, que tuvo la sensación de que la mesa se encogía en medio de esa asfixiante proximidad.

—Tiene razón. Si se la mira con un ojo cerrado, parece un alfiler —añadió Sima y manifestó su traicionera disposición a hablar de Andra como si no estuviese presente—. Últimamente no come lo que debería.

—¿A qué se lo achaca? —inquirió Hadden.

—He estado muy ocupada —terció Andra.

—Suspira de deseo —contestó Sima al mismo tiempo.

Hasta la coronilla de Sima y de su ridícula idea de que la mujer necesita un hombre para estar completa, Andra le espetó:

—¡Déjanos cenar en paz!

—Por supuesto, señora.

Sima hizo una reverencia, las criadas también y se retiraron tan rápido que Andra tuvo la clara sensación de que había perdido esa partida. Se preguntó con actitud taciturna cómo podía ganar si en el castillo todos pensaban que su señora estaba chiflada.

—Tómame la sopa —ordenó Hadden y se mostró tan a sus anchas haciendo de autoritario señor como lo había estado en su papel de invitado seductor.

A Andra le habría gustado replicar que no le apetecía comer, pero, por primera vez en dos meses, estaba voraz y realmente famélica, como si su cuerpo exigiera sustento tras una hambruna. Cogió la cuchara y aprovechó para dirigir una mirada de solayo a Hadden. Su regreso le había permitido recuperar un apetito..., y que Dios la ayudase si liberaba algún otro.

Con gran sensatez, el inglés clavó la mirada en su cuenco y se abstuvo de hacer comentarios sobre la ávida ingestión de la sabrosa sopa por parte de Andra. De todas maneras, estuvo pendiente de ella, pues le pasó la fuente con los bollos de patata hasta que ya no pudo más. Entonces dejó la cuchara sobre la mesa y dijo:

— Ahora me llevarás a la torre.

Andra apoyó la espalda en la silla.

— ¿Qué te hace suponer que puedes darme órdenes con ese tono?

— La comida te ha dado nuevos bríos, aunque lo cierto es que no los necesitas. Tienes razón, te ordeno que me lleses a la torre. Andra, es lo mínimo que me debes.

— ¡No te debo nada!

Hadden cubrió la mano de Andra con la suya y, cuando la mujer intentó apartarla, se lo impidió y la apretó aún más.

— Claro que me debes algo. ¿Recuerdas lo que dijiste cuando me echaste? ¿Recuerdas que aseguraste que te olvidaría en cuanto dejase de verte? Pues no ha sido así. Pienso en ti, sueño contigo, tengo sed de ti..., y si lo único que consigo es un capítulo para mi tratado, lo aceptaré y subsistiré sólo con eso hasta el día de mi muerte.

La áspera palma de su mano rozaba el dorso de la de Andra y estaba ardiente..., como el resto de su persona. Entonces evocó su calor cuando se movía bajo ella y se estremecía sobre su cuerpo y el recuerdo la llevó a capitular.

Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que la soltase. Intentó incorporarse, pero la mano de Hadden se lo impidió hasta que dijo:

— De acuerdo, vamos. Te llevaré a la torre.